

Anastasio, que, lleno de furor al ver que se traslucían sus artificios y su dobléz, osó tratar al Papa de maniqueo (1). Al Pontífice causó poca desazon una calumnia que se desvanecía por sí misma, siendo bastante á justificarle su propia conducta; pues habiendo descubierto en Roma algunos de estos odiosos hereges, los habia hecho desterrar con ignominia, y habia condenado sus libros al fuego. Respondió con mas celo y mas cuidado á las quejas de Anastasio, de que el Papa se habia unido con el senado para escomulgarle. Demuestra Simaco que esta escomunion no era una sentencia pronunciada espresamente contra el Emperador, sino una simple suspension de comunicacion conforme al uso de aquel tiempo. „No á vos, Señor, le dice, sino á Acacio es á quien escomulgamos. ¿Qué me importa á mí Acacio, direis vos? Pues abandonadle, y no tendreis parte en su escomunion. De otro modo no soy yo, sino vos mismo el que os escomulgais.” Despues formó quejas de la persecucion que Anastasio hacia padecer á los católicos, á quienes únicamente prohibia el libre egercicio de su religion, mientras le permitia á las innumerables sectas que infestaban el oriente.

12. No era realmente este Príncipe eutiquiano, sino acéfalo ó hesitante; nombre que se daba á los inquietos innovadores que sin otro carácter que su indocilidad ó indiferencia no admitian el concilio de Calcedonia, ni se declaraban por las opiniones pros critas en él. Concedió á sus súbditos durante muchos

(1) Tom. 4. Concilior. pag. 1266.

años la libertad de admitir ó desechar estas santas decisiones; porque las guerras que debia sostener contra los isauros y los persas, le violentaban á adquirirse el afecto de todos. Mas luego que nada tuvo que temer de los estrangeros, se declaró abiertamente contra el santo concilio, y principió á atormentar á los católicos, especialmente á Macedonio, patriarca de Constantinopla (1). Era este depositario del escrito en que su predecesor Eufemio habia obligado al Emperador, antes de coronarle, á ofrecer que no innovaria cosa alguna en la Religion. Rehusó soltarlo por mas instancias con que se lo pidió, y este proceder le atrajo una persecucion violenta. Ganó el Emperador al principio á algunos obispos, é hizo venir á Constantinopla muchos hereges desacreditados que no guardaban miramiento alguno. Pero el inmenso pueblo de aquella capital mostró de un modo tan terrible su indignacion, que Anastasio, aunque tan poderoso, se vió en la necesidad de obedecer á las circunstancias y de valerse de su acostumbrada perfidia. Por esta razon los enemigos del patriarca Macedonio se valieron de un hombre llamado Acolio para asesinarle. Acometióle en efecto con la espada en la mano, pero no pudo conseguir su intento, por haber sido socorrido Macedonio. Este obispo honrando la causa que defendia, lejos de tomar venganza, señaló una pension á su asesino.

13. Tambien tuvo la Iglesia que empeñarse en una nueva guerra en el África. Muerto el Rey Gun-

(1) Evagr. lib. 3. hist. cap. 30. Theophan. ann. 506.

tamundo, que trató á los católicos suavemente, renovó la persecucion Trasmundo, su hermano y sucesor. No usaba de violencia en los principios, y el peligro de la fe fue por esto mucho mayor. Los que deseaban abrazar la religion del Príncipe eran colmados de favores, elevados á las primeras dignidades, ó á los oficios lucrativos según su estado, y asegurados de la impunidad en caso de malaversacion. Trasmundo se dedicaba especialmente á aniquilar el episcopado, dejando morir pacíficamente á los prelados católicos, y oponiéndose cuidadosamente á que se les nombrasen sucesores. Condescendieron con sus deseos por espacio de algunos años; mas cuando observaron que egecutaba este sistema con método y perseverancia, y advirtieron los infinitos daños que padecian diferentes iglesias, entonces los obispos que aun quedaban consagraron otros nuevos. El Rey y sus cortesanos sabido esto, encendieron la persecucion con tanta viveza, que muchos prelados en particular de la provincia Bizacena, donde el primado Víctor habia cuidado con mucho esmero llenar las sillas vacantes, fueron conducidos al destierro.

14. Eligieron en esta ocasion á San Fulgencio, obispo de Ruspe, ciudad célebre de la misma provincia (1). Descendia de Cartago, y era nieto del senador Gordiano á quien desterraron con los demás católicos de distincion en tiempo del Rey Genserico. Habiendo visto la luz en Telepta en la Bizacena, el año 468, quedó Fulgencio poco despues huérfano de

(1) *Bolland. ad diem 1. Jan.*

padre: pero su madre dirigió con tanto cuidado el cultivo de sus felices disposiciones, que en breve le miró como un prodigio la juventud de su patria. Mayor maravilla causaba todavia la pureza de sus costumbres que sus talentos: huyó del mismo modo la disolucion en que caían los jóvenes de su nacimiento particularmente en el África, y el atractivo de la ambicion, tanto mas poderoso y seductor, quanto suele ser representado como una virtud en aquellos á quienes cierta elevacion del alma aleja de los torpes vicios. Vióse obligado desde mozo, para aliviar á su madre, á administrar sus bienes que eran cuantiosos: pero muy luego le desagradó esta ocupacion.

Aprendió de los solitarios que habitaban en las cercanías, á quienes visitaba con frecuencia, el desprecio de las cosas terrenas, y el amor de la oracion y de la penitencia, y determinó finalmente abandonar el mundo de un modo efectivo. Mas primero ensayó por algun tiempo sus fuerzas, y procuró acostumbrarse á todos los egercicios de la vida monástica antes de hacer una pública declaracion. Existia en aquel distrito un obispo muy anciano llamado Fausto, á quien habian desterrado en tiempo de Genserico, y que edificó un monasterio donde vivia santísimamente. Fulgencio le suplicó que le admitiese entre sus discípulos, mas el obispo teniendo en consideracion su tierna edad y su exterior en extremo delicado, recelaba que algun movimiento pasagero de devocion le obligase á emprender mas de lo que alcanzaban sus fuerzas, y le ordenó tener paciencia por algun tiem-

po. Consternada entonces la madre de Fulgencio con el designio de su hijo, no obstante que era tan piadosa, corrió al monasterio llorando y lamentándose como si hubiera finado el curso de sus días. Él que la amaba con la misma ternura lloró con ella, aunque sin alterar su firme propósito; lo que incitó á Fausto á admitirle en su comunidad. Renunciaron al siglo á su ejemplo muchos amigos suyos, y se retiraron á diferentes monasterios. Llevó luego al mas alto punto su fervor y sus austeridades, de tal modo que desde el principio recelaron que perdería para siempre su salud.

Mas el Señor que anteveía de cuánta utilidad sería á la Iglesia, le concedió mas robustéz que la que antes tenia. Siguió con mas fuerza la persecucion contra los obispos, y se vió Fausto violentado á desamparar su monasterio; y entonces el discípulo por consejo del maestro pasó á otro cercano, en el cual era abad uno de sus amigos de la juventud, llamado Felix. Ansiaba este ceder su puesto á Fulgencio juzgándole mas digno que él, y le hizo tantas instancias por sí mismo y por medio de los demás hermanos, que el humilde Fulgencio, á pesar de toda su resistencia, se vió forzado á entrar á lo menos en parte en el gobierno, encargándose del cuidado de la instruccion, en atencion á su elocuencia que ya comenzaba á desplegarse. Desamparó en breve este segundo retiro á causa de las irrupciones de los bárbaros; y toda la comunidad se trasladó con él al territorio de Sica, que era parage menos espuesto y por otra parte agradable

y fértil, pero inmediato á una parroquia gobernada por un sacerdote arriano. Los habitantes juzgaron que Fulgencio y Felix eran obispos disfrazados de monjes, y se apresuraron á prenderlos y á conducirlos al sacerdote arriano.

15. Ordenó el bárbaro herege por preliminar y sin informacion alguna, que los azotasen. „Perdonad á mi hermano, dijo el abad Felix, pues carece de fuerzas para tolerar los tormentos y espirará en ellos; y descargad todo el peso de vuestra cólera sobre mí, que soy su maestro y la cabeza de todos.” Principiaron por Felix al momento, cuya caridad admiró al vándalo sin hacerle menos feróz. Habiendo este amigo generoso por largo tiempo sufrido los mas crueles tormentos, y no quedando aun satisfecho el furor del herege, cayeron despues sobre Fulgencio á quien tambien azotaron. Suplicó no obstante que se le permitiese hablar, y desplegando insensiblemente todos los atractivos de su elocuencia, esplicó la causa de su viaje, pasó á las materias de religion, y las trató con tanta fuerza y eficacia, que aquel mal sacerdote se sintió conmovido. Mas obstinándose contra la operacion de la gracia, y avergonzándose de parecer enternecido: descargad con mas fuerza, dijo á los satélites, pues creo que quiere seducirme á mí mismo. Mandó por fin raer la cabeza á los dos confesores, y los despidió desnudos y con ignominia.

Retiráronse, como en otro tiempo los primeros discípulos del evangelio, alegres de haber sido juzgados dignos de sufrir oprobios por el nombre de Je-

sucristo. Estaba este sentimiento tan profundamente grabado en el corazón de Fulgencio, que habiendo tenido noticia de aquella indignidad el obispo arriano de Cartago, que respetaba á su ilustre familia, y ansiando castigar con severidad á su presbítero, usó Fulgencio de todo su poder para estorbarlo. Instáronle con vehemencia para que dejase obrar justicia, con el fin de enfrenar las violencias de los sectarios que eran muy frecuentes, y contestó con una dulzura inalterable, que era dos veces indigno de un religioso vengarse de un herege y lograrlo por medio de otro herege. Volvieron á su primera morada despues de esto Fulgencio y sus compañeros, ansiando mas verse espuestos á las irrupciones de los moros idólatras, que á la impiedad de los vándalos arrianos.

Deseando, pues, adelantar en la piedad y vivir principalmente desconocido y sin ninguna estimacion del mundo, pensó retirarse entre los anacoretas del Egipto, cuya vida solo conocia por la lectura de las conferencias de Casiano. Hizose á la vela secretamente con este objeto; pero algunos hombres célebres por su virtud y su esperiencia, con quienes conferenció en Sicilia donde habia desembarcado, igualmente que en otros parages de Italia, le instaron á desistir de su viage á Egipto donde levantaban con insolencia su cabeza el cisma y la heregía. No pudiendo respirar el aire contagioso del siglo, á su regreso á la África fundó una nueva comunidad en la provincia Bizacena; pero el amor á vivir desconocido que permanecia siempre impreso en su espíritu, le movió á tras-

ladarse desde esta nueva morada á una isla retirada, en la que existia un monasterio de muy rigurosa observancia. Vivia en aquel lugar lleno de consuelo como un simple monge, y juzgándose ignorado de todos, cuando el abad Felix y sus discípulos le encontraron, despues de haberle buscado mucho tiempo.

Recurrieron al obispo Fausto, ébrios de gozo, como á su primer superior, y le rogaron que obrase de suerte que Fulgencio tornara á ser suyo; lo que lograron sujetándose el santo y obedeciendo dócilmente á este órgano del cielo. Fausto le ordenó de presbítero, con el fin de fijarle é impedir que otro ninguno le confriese este grado y le destinase á otra iglesia. Resistióse poco el santo á pesar de su repugnancia á toda distincion honorífica, convencido de que este primer grado le afirmaria en el retiro, y haria desistir á las ciudades de África, donde su nombre se habia hecho célebre, de que le pidiesen por obispo. El Rey Trasmundo por otro lado se oponia entonces con mas rigor que nunca á las ordenaciones episcopales, y observando poco despues que los prelados no se conformaban con las prohibiciones de la tiranía, se escondió Fulgencio con tal cuidado, que no se le pudo ordenar obispo cuando se nombraron otros para la mayor parte de las iglesias.

16. Fue la ciudad de Ruspe de las últimas que quedaron sin pastor por las maniobras de un diácono ambicioso, bastante hábil para impedir la eleccion de sus competidores, y demasiado indigno de que se le eligiese á él mismo. Congregados los mejores ciu-

dadanos después de haberse convocado entre sí, se presentaron al primado Victor, y consiguieron su permiso para que los obispos vecinos ordenasen á Fulgencio de edad entonces de cuarenta años. Afirmados todos juntos en esta resolución muy secreta, reunieron con la mayor diligencia una numerosa tropa de fieles fervorosos y celosos. Dirigiéronse á la celdilla de Fulgencio, confiado en que nada tenia ya que recelar, y sin dejarle tiempo de hablar le condujeron, no obstante que estaba indispuerto, y le presentaron al obispo que debia consagrarle. Su modestia, su repugnancia misma y perplejidad, y su humildad profunda, pero nada agreste, eran parte á que todos fijasen en él los ojos, y arrebatava el afecto de todo el mundo, porque el don particular de este Santo era grangearse todos los corazones. Tuvo al fin que ceder á tantos ruegos, y admitir el obispado con una increíble alegría de toda la asamblea y hasta del diácono ambicioso, que la aplaudió exclamando ser esta la voluntad de Dios.

Aumentáronse los cuidados y trabajos de Fulgencio con el episcopado, y nada puso en olvido de los ejercicios de la vida religiosa. Sostuvo siempre sus austeridades y su abstinencia: siguió sin comer carne ni usar de vino, sino como un remedio y mezclado con tanta agua que apenas conservaba su primitivo gusto. Era solamente una túnica muy pobre su vestido así en invierno como en verano. No llevaba como los demás obispos la banda de lino, de la que se originó la estola, ni el calzado de los clérigos, y sí

las sandalias de los monges, ó caminando las mas veces descalzo. Por lo que hace á la casulla, vestido vulgar en aquel tiempo y que cubria todo el cuerpo, jamás la llevó de tela preciosa, ni de color brillante; y el manto que usaba bajo la casulla era muy corto, de color blanco ó negro, como los menos estimados. Su sencillez en el vestido era tanta en fin, que ni aun trocaba la túnica para ofrecer el santo sacrificio, uniendo la humildad á la libertad que aun reinaba entonces de hacerlo así, y anunciando que mas convenia cambiar de corazón que de vestido. Los asuntos y el gobierno de su pueblo le ocupaban todo el dia, y se daba gran parte de la noche á la oración, á la lectura y á la meditacion de los libros sagrados, sin omitir jamás la menor parte de sus antiguas prácticas de piedad.

17. Suplicó á los ciudadanos de Ruspe en primer lugar un terreno apto para levantar un monasterio, en el cual colocó al abad Felix con una gran parte de su comunidad. Mas en medio de tantas disposiciones admirables que habia resuelto para el engrandecimiento de su iglesia, no consiguió, ni con mucho, todas las ventajas que podia prometerse. Antes de darla el esplendor que ansiaba, le desterraron á Cerdeña con otros obispos perseguidos, cuyo número ascendia á mas de sesenta de sola la provincia Bizacena, pues de las otras del África confinó Trasamundo hasta doscientos veinte. Fulgencio lo sintió solo por su pueblo: despreciaba las comodidades de la vida, y como le colmasen al tiempo de partir de todo género de

presentes, habiéndolos aceptado por no afligir á sus bienhechores, lo regaló todo á los monges, y se hizo á la vela sin llevar cosa alguna consigo, bien cierto de encontrar en todas partes lo que mas amaba, la contemplacion de su Dios, la oracion continua, el retiro, la penitencia y todos los egercicios principales de la vida religiosa que supo hallar donde quiera que se encontrase. Cerca de doce años duró este primer destierro de San Fulgencio, durante los cuales su fama se dilató por todas partes con mas esplendor, consultándole todos como á un oráculo. Aunque no era de los obispos mas ancianos, le miraban todos como su maestro y doctor. Se empleaba continuamente en responder á las consultas que recibia de todas partes, ó por mejor decir, en formarlas enteramente: y los otros prelados se contentaban con poner su aprobacion. Otro tanto hacia cuando se necesitaba impugnar á los enemigos de la fe, ú oponerles algunos tratados dogmáticos: de donde se originaron tantos excelentes escritos que conservamos de este ilustre doctor, los cuales haremos conocer despues con toda exactitud.

18. Mientras los primeros pastores se egercitaban así en el África, disfrutaban los de la Galia de la tranquilidad mas profunda y mas universal. Vivian todos pacíficamente, y aun se trataba con blandura á los súbditos de Alarico, Soberano de las provincias meridionales (*). La particion de las Galias entre

(*) Habia sucedido Alarico en el reino de los visigodos á su padre Eurico, que murió de su enfermedad en Arlés, donde co-

muchos pueblos rivales, y mas que todo la conversion sincera del Rey de los franceses á la fe católica, eran parte á que el visigodo, aunque arriano, procediese con mucha moderacion con los súbditos suyos que conservaban la verdadera fe, es decir, con los naturales del pais llamados romanos. Ordenó que se escribiese para ellos una coleccion del código Teodosiano, y de otros muchos libros del antiguo derecho, los que autorizó despues de haberse aconsejado así de los obispos como de la nobleza. He aquí sin duda la causa porque el derecho romano, ó derecho escrito, principió á tener uso en estas provincias. Consintió á los obispos de sus dominios por los años de 506 celebrar un concilio en la ciudad de Agde, al que acudieron entre otros prelados los metropolitanos de Tolosa, Burdeos, y Bourges con los diputados de Narbona y Tours: á quienes presidió San Cesario, obispo de Arlés, no menos digno de este

locara despues de sus conquistas la silla de su imperio. San Isidoro y San Gregorio de Tours fijan la muerte de Eurico en el año 483, atribuyéndole diez y siete años de reinado; mas Jornandes y el anónimo que cita Pagi le dan diez y nueve, y por lo mismo señalan su fallecimiento en 485. Como quiera que esto fuese, Eurico antes de morir llamó á los grandes de su reino, les habló de las brillantes cualidades de su hijo Alarico, y dió á este muy bellas instrucciones para que reinase con valor y prudencia, lo que influyó mucho en los sucesos posteriores; pues hechas las exequias de Eurico, toda la nacion aclamó unánimemente á Alarico por su Rey, y este principió uno de los mejores gobiernos que tuvieran hasta entonces los visigodos. Véase á Mariana lib. 5. cap. 5 y 6.

honor por sus calidades personales que por la preeminencia de su silla.

19. Habia visto la luz en el territorio de Chalons sobre el Saona, de padres igualmente distinguidos por su piedad y por su nobleza, y desplegó desde su mas tierna infancia el grado de heroismo en que rayaba su caridad unida á otras virtudes (1). Muchas veces se despojaba ya entonces de parte de sus vestidos para abrigar á los infelices. Huyó á la edad de diez y ocho años con corta diferencia de la casa paterna, y corrió á postrarse á los pies de su obispo San Silvestre, suplicándole que le destinase al servicio de la iglesia. Manifestábase de dia en dia mas fervoroso en buscar la perla evangélica, ó la perfeccion, y se desterró poco despues al monasterio de Lerins, donde admiró el observar en Cesario aun principiante las virtudes de los mas antiguos religiosos. Promoviéronle bien pronto á los officios de la comunidad, no obstante su repugnancia; y despues recibió el orden del sacerdocio de manos de San Eonio de Arlés, que tuvo ocasion de verle, y le reconoció por pariente suyo. Esta fue una de las causas del amor que profesó á Cesario luego que tuvo ocasion de reconocer su mérito. Elogiábale sin cesar; y estando enfermo repetia á cada instante á su clero, y á los principales ciudadanos que le visitaban con frecuencia, que no debian substituirle otro sucesor que Cesario, el único capáz, añadia humildemente el santo viejo, de restablecer la disciplina, que mis enfermedades y

(1) *Act. Bened. tom. 1. pag. 659.*

negligencia han sido parte á que decaiga. Muerto pues Eonio, no deliberaron sobre la eleccion de obispo, y aunque se ocultó Cesario en las cavernas y en los sepulcros, allí supieron descubrirle, y obligar á esta brillante antorcha á ponerse en un punto donde pudiese dar luz á todo el rebaño. Frisaba Cesario con los treinta y tres años, cuando le eligieron en el de 503; y por consecuencia contaba solos treinta y siete, cuando tuvo la presidencia del concilio de Agde.

20. Formáronse cuarenta y siete cánones en este concilio, sin contar los de algunos posteriores, como los del de Epaona con que despues le enriquecieron (1). Hállase en el cánón veintidos el origen de lo que despues se ha llamado beneficio, esto es, el usufructo de los bienes eclesiásticos cedido á los clérigos, en lugar del estipendio que la antigua disciplina les señalaba á proporcion de sus servicios. Mandóse tambien que los eclesiásticos fuesen con los cabellos cortos, sin duda porque los conquistadores de las Galias los conservaban largos, y su imitacion era una especie de fausto y grandeza mundana. Recuerda el mismo sínodo á los clérigos por esta razon, que su vestido y calzado debe acomodarse á la humildad de su estado. Establece que los veinticinco años sea el tiempo de ordenar los diáconos; treinta el de los presbíteros y obispos; y que antes de elevar á las órdenes sagradas á los hombres casados, sea preciso obtener el consentimiento de sus muge-

(1) *Tom. 4. Concilior. pag. 138r.*